

# El asesinato del gato de Schrödinger



Xanti Ramírez

**XANTI RAMÍREZ**

**EL ASESINATO DEL GATO DE SCHRÖ-  
DINGER**

Diseño de portada: Mario Amigot y Nerea Iglesias.

2016 Xanti Ramírez

ISBN: 1518687970

ISBN-13: 978-1518687976

*Para Iker,  
en cuanto aprenda a leer.*

# Capítulo 1

Horas antes de morir, Ainhoa observó su rostro reflejado en el espejo retrovisor y bostezó sin disimulo. Tampoco pretendía ocultar su cara de aburrimiento. Diego, por su parte, señaló la intención de abandonar la autopista por la siguiente salida, y en un intento desesperado de romper el silencio que había entre los dos, miró a su mujer y preguntó:

– ¿Conoces de donde viene la expresión “muchísima mierda”?

– ¿Qué?

– Ya sabes, lo que se dice para desear buena suerte a alguien.

Ainhoa le miró con incredulidad.

– Pues antiguamente –continuó Diego– la gente rica iba al teatro en sus coches de caballos, y solían cagar justo a la entrada dejando la calle hecha un asco. No los ricos, sino sus caballos, se entiende... Así que cuanto más mierda hubiera en la calle más gente rica había acudido a ver la obra, y eso para la compañía de teatro era muy importante, porque por aquel entonces no se cobraba la entrada y los beneficios de la compañía dependían del dinero que el público tirara al escenario después de la función... Por lo tanto, si deseabas “muchísima mierda” a alguien, lo que realmente le estabas deseando era éxito y dinero. ¿Qué te parece la anécdota?

– Que ya la conocía –contestó Ainhoa–. Mi madre era actriz de teatro, ¿recuerdas?

– Ah, es cierto.

– Además, ¿a qué cojones viene eso? ¿Intentas que me olvide de la encerrona que me has preparado esta noche?

– No es ninguna encerrona, lo vamos a pasar muy bien ¡ya lo verás!, y además, ya sabías que teníamos esa cena programada desde hace tiempo, la celebramos todos los años por estas fechas.

– Ya, y siempre es un auténtico coñazo. No dejáis de hablar de las mismas chorradas de cuando erais adolescentes... y yo en medio, aguantando las fricadas de tu amigo Alex y a la mosquita muerta de su mujer –Ainhoa se frotó las sienes con las manos, cansada–. Joder, ¡pero sí son tus amigos! No los míos. ¿Por qué no vas tú sólo y me dejas a mí en paz? Ni siquiera me caen bien.

– Sabes que es un compromiso de pareja, y tampoco te cuesta tanto.

– Pues perdona que te diga pero lo vuestro ni siquiera se puede calificar como amistad. Solo os juntáis una vez al año, y el resto del tiempo ni os llamáis por teléfono ni os preocupáis los unos de los otros.

– Vivimos en ciudades distintas y cada uno lleva su propia vida. No es fácil... Además, que les vea poco no significa que no sean importantes para mí.

– El único aliciente que me queda es ver con qué ‘zorrita’ aparecerá Imanol esta vez –continuó Ainhoa, ignorando el comentario de Diego–. El año pasado vino con esa azafata de Ryanair suiza ¿te acuerdas? Y hace dos años con la modelo de manos bulímica... ¡Increíble!, ¿pero cómo coño se gana la vida una modelo de manos?

Diego se abstuvo de contestar y se concentró en seguir las indicaciones del GPS. Le dolía que Ainhoa criticara así a sus amigos, y podía ser realmente cruel cuando se lo proponía, aunque después de ocho años de noviazgo y tres de matrimonio, había aprendido a cortar a tiempo este tipo de conversaciones para evitar que Ainhoa continuara realimentándose con su propio veneno.

Aunque a decir verdad, tenía razón en una cosa: Alex, Imanol y él ya nunca se veían... La vida les había llevado por caminos distintos y poco tenían en común más allá del hecho de haberse criado en el mismo pueblo y compartir escuela primaria. Por lo menos habían conseguido mantener la tradición de juntarse una vez al año, siempre el segundo sábado de septiembre y cada vez en una casa distinta. Pero tal y como decía Ainhoa, las cenas eran ya un mero trámite y la conversación raramente escapaba de los típicos formalismos de ascensor. Aunque a Diego al menos le servía para no perder el contacto definitivo con su infancia y su pueblo natal.

A Ainhoa, que también se había criado en el mismo pueblo y conocía a los tres amigos desde críos, la situación le producía un rechazo añadido, ya que significaba reencontrarse con Imanol.

Doce años antes, en el último curso de instituto, Ainhoa e Imanol salieron juntos durante unos meses, pero pronto ella comprendió que los dos eran absolutamente incompatibles y le dejó. Él era guapo e inteligente, sí, pero demasiado introvertido para ella, que no paraba quieta un minuto y tenía una vida social de lo más activa. Meses más tarde Ainhoa comenzó a salir con Diego, el chico más fuerte y atlético de su clase, y a pesar de que Diego e Imanol eran muy amigos, este último no puso pegas a esa relación y su amistad continuó como si nada pasara. Esto no le gus-

tó demasiado a Ainhoa, que se sintió tratada como una mera mercancía... Más tarde, Imanol se marchó a estudiar arquitectura a Madrid y cuando volvió al pueblo, cinco años más tarde, ya era una persona totalmente distinta: mucho más simpática y extrovertida que antes.

Obviamente, salir de su pequeño pueblo natal y ampliar horizontes le había sentado genial. Pero para aquel entonces, Ainhoa llevaba varios años saliendo con Diego y las cosas les iban bastante bien, así que tampoco le dio demasiadas vueltas al asunto y continuó con su vida como si nada pasara. Aun así, se le quedó grabada para siempre en su mente la duda razonable de pensar en 'qué hubiera pasado sí...'

Diego aminoró la marcha y giró a la izquierda por una pequeña calle unidireccional, metiéndose de lleno en una barriada de pisos de protección oficial. Recordaba aquella zona de cuando vinieron a cenar tres años atrás, y sabía que la siguiente boca-calle debía girar a la derecha para llegar hasta el bloque de apartamentos donde vivían Alex y Carmen. A esas horas de la tarde, el sol se ponía por el oeste entre las montañas y las temperaturas comenzaban a bajar rápidamente. Al menos aquel día no había llovido, lo cual estaba genial teniendo en cuenta el triste verano que habían tenido.

Diego miró de reojo a Ainhoa, que seguía observando el paisaje urbano por la ventana, y se preguntó a si mismo si algún día tendría el valor suficiente para dejarla... Poco tardó en contestarse que 'No'.

Era cierto que después de tantos años de relación la emoción de los primeros tiempos se había esfumado por completo y la rutina social y sexual se había apoderado de sus vidas... 'Pero bueno, no te hagas el sorprendido', se so-



lía decir a menudo, 'porque así son las relaciones largas: la pasión muere y queda la compañía, la complicidad, y en nuestro caso, un pisazo de cien metros cuadrados en segunda línea de playa que nos regaló su padre'... Diego sonrió para sí mismo al pensarlo.

Por lo menos, la adrenalina volvía a circular por su sangre una vez a la semana cuando se veía en un motel de las afueras con Ingrid, la nueva secretaria del parque de bomberos donde él trabajaba. Una cuarentona tetuda de pelo rubio mal teñido cuyo marido se pasaba casi todo el año de viaje por negocios. Quedaban a escondidas desde hacía varios meses y su relación era exclusivamente sexual. Nunca se le había pasado por la cabeza enamorarse de esa mujer, y solo la veía como un desahogo físico necesario. Por ello, ni siquiera se planteaba el hecho de que lo que estuviera haciendo fuera algo inmoral. Además, Ingrid era increíble en la cama, y con ella podía experimentar fantasías sexuales que a Ainhoa jamás se hubiera atrevido si quiera a proponer.

Diego pensaba en sus encuentros furtivos con Ingrid cuando el GPS le indicó que ya habían llegado a su destino. 'Justo a tiempo', pensó, notando cómo empezaba a tener una incómoda erección.

Mientras aparcaban frente al bloque de apartamentos de Alex y Carmen, Ainhoa comenzó a quejarse de nuevo por haber ido hasta allí.

– Menuda mierda de barrio, ¡huele a kebab según sales del coche!, yo no viviría aquí ni aunque me regalasen el piso.

– No todos tienen la suerte de ser la hija de un 'magnate de la comida congelada' –contestó Diego, haciendo alusión a la conocida empresa de su padre.

– Lo que digo es que al menos podrían mantenerlo limpio. Solo tienen que organizarse un poco entre los vecinos o quejarse al ayuntamiento para que vengan a limpiarlo más a menudo.

Mientras recogía una botella de crianza del maletero del coche, Diego miró con curiosidad a su alrededor. Salvo una bolsa de plástico y algunas colillas arrinconadas en un extremo de la acera, no le pareció que la barriada estuviera especialmente sucia.

Al llegar a la altura del portal número siete, se encontraron la puerta abierta de par en par, así que decidieron entrar sin llamar al timbre y comenzaron a subir las escaleras hasta el segundo piso.

– ¿Alex no había terminado ya el doctorado? –preguntó Ainhoa– Pues a ver si consigue un puesto de profesor en la universidad y se marchan de una vez por todas de esta pocilga.

– Si no lo ha hecho ya, estará a punto de hacerlo –contestó Diego–... En todo caso, lo suyo siempre ha sido la investigación, no la docencia.

– Sí, igual es mejor que trabaje encerrado en un laboratorio. Con lo raro que es, los alumnos le sacarían mote en cinco minutos... ¡Si es que me pone los pelos de punta!, siempre tan callado y mirándome con esos ojos de loco.

– Parece que ya hemos llegado –interrumpió Diego.

Los dos se detuvieron frente a la puerta con una enorme 'B' escrita sobre el marco y llamaron al timbre. Mientras esperaban, Diego aprovechó para arreglarse el cuello de la camisa y Ainhoa se recolocó algunos pelos sueltos del flequillo.

– ...Y luego está Carmen, siempre tan educada y con esa sonrisa falsa, en plan esposa complaciente... ‘¡Hola muchachos!, ¿Que tal estamos hoy?’ –dijo Ainhoa, intentando imitar la voz de Carmen– qué asco me da... ¡y seguro que ella también nos odia!, pero claro, es demasiado hipócrita para ser mínimamente sincera y decir lo que piensa de nosotros.

En ese momento, la puerta se abrió y una chica morena de pelo rizado les dio la bienvenida con una exagerada sonrisa dibujada en la cara.

– ¡Buenos noches muchachos! ¿Qué tal estáis?

– ¡Hola Carmen! –contestó Ainhoa, con una súbita e inesperada alegría – ¿Qué tal, cariño? ¡Ven y dame un beso anda! ¡Pero que vestido más bonito llevas!

Las dos mujeres se fundieron en un largo abrazo. Diego, que observaba perplejo toda la escena, se prometió consultar urgentemente en el diccionario el significado de la palabra ‘hipocresía’, por si encontraba allí un nuevo sinónimo con el nombre de su mujer.

## Capítulo 2

Ainhoa y Diego se limpiaron los zapatos en el felpudo y entraron en la casa. De inmediato percibieron un agradable olor a especias y verduras a la parrilla. Siguiendo las indicaciones de Carmen, avanzaron por el pasillo hasta llegar al salón principal, donde la temperatura era agradable y sonaba música jazz a bajo volumen proveniente de un antiguo tocadiscos restaurado.

La estancia era amplia y estaba decorada con bastante buen gusto. A la derecha, junto a la pared, había una larga encimera con retratos de Alex y Carmen acompañados de un enorme televisor 3D. Frente a él, un sofá-cama con *chaise longue* azul claro de diseño. En mitad del salón destacaba una moderna mesa rodeada de seis sillas a juego, y sobre ella reposaba un mantel con toda la vajilla cuidadosamente dispuesta para la cena.

– Dejad las chaquetas en el perchero y venid a la cocina –indicó Carmen–. Imanol y Úrsula también acaban de llegar.

– ¡Perfecto! –contestaron los dos al unísono.

Diego y Ainhoa se quitaron las chaquetas y las colgaron en un perchero metálico que encontraron en un extremo del salón. A Diego le llamó la atención el extraño diseño del perchero, de unos dos metros de altura y con brazos de distintos tamaños y longitudes. Pero se sorprendió aún más al comprobar que había otros tres percheros exactamente iguales en cada una de las esquinas del salón. ‘En fin, así es la era Ikea...’ se dijo a sí mismo, prometiéndose

preguntar más tarde a Carmen cual era el motivo de tanto perchero.

A Ainhoa, por su parte, lo que realmente le chocó fue escuchar el nombre de Úrsula... Se quedó totalmente pálida. '¿Era posible que esa chica fuera la misma que...?'. Pero sus sospechas se confirmaron nada más atravesar la puerta de la cocina.

Allí, una pareja de jóvenes bien vestidos charlaba animadamente frente al frigorífico. Al verles entrar, se acercaron corriendo.

– Bueno, bueno ¡Pero quien está aquí! –Dijo el chico, con los brazos extendidos hacia ellos.

– ¡Que pasa Imanol! –contestó Diego–, me alegro mucho de verte.

Los dos amigos se dieron un largo y sincero abrazo.

– Os acordáis de Úrsula ¿verdad? – dijo Imanol, señalando a su acompañante, una rubia de aspecto nórdico que rondaría el metro ochenta de altura.

– Claro que sí, y me alegro mucho de verte –mintió Ainhoa mientras se acercaba a ella con la mejor de sus sonrisas–, ya veo que repites, ¡y eso es muy buena señal!

Úrsula se ruborizó y esbozó una tímida sonrisa. Ainhoa saludó a Imanol a continuación, y Diego aprovechó la ocasión para preguntar algo a Carmen.

– ¿Perdona, pero dónde puedo dejar esta botella?

– ¡Ah! Muchísimas gracias, aunque no era necesario –contestó ella-... puedes dejarla sobre la mesa. Tengo la nevera llena pero intentaré hacer un hueco enseguida.

– Perfecto, ¿y dónde está escondido tu marido? ¡Que todavía no le hemos visto el pelo!

– Buena pregunta, estará trabajando en su despacho, como siempre..., seguro que ni se ha enterado de que habéis llegado todos. Voy a llamarle.

Acto seguido, Carmen salió de la cocina y comenzó a atravesar el pasillo a paso veloz mientras las dos parejas entablaban una atropellada conversación intentando ponerse al día lo antes posible de sus respectivas vidas.

– ¿Y qué tal vas con el castellano Úrsula? Ya lo hablarás muy bien supongo –preguntó Diego.

– Mejor que el año pasado, si... Estoy recibiendo clases particulares.

– Y yo también intento ayudarla de vez en cuando –intervino Imanol.

– Ya, pero tú eres un profesor... cómo se dice... ¿pésimo? –contestó Úrsula, sonriendo.

Todos se echaron a reír.

– ¡Ya dominas los superlativos!, eso es nivel avanzado, enhorabuena –comentó Ainhoa.

Los cuatro amigos siguieron charlando en un tono distendido hasta que en un momento dado, un hombre de aspecto sucio y barba de varias semanas irrumpió por la puerta de la cocina. Vestía un ridículo pijama a rayas y parecía absolutamente sorprendido de verles allí. Daba la sensación de que estuviera bajo los efectos de alguna medicación... A ellos también les costó bastante trabajo reconocer a su amigo Alex debajo de aquella fachada.

– Pero bueno, ¿que hacéis todos aquí?, menuda sorpresa –dijo Alex.

Su tono de voz era anormalmente lento.

– Pues hemos venido a cenar, ¿tú qué crees? –contestó Imanol–. Hoy es doce de septiembre... ¿Es que no te acuerdas?

– La cena, mierda... ¡se me había olvidado por completo! Joder... Pues no sé si tenemos algo que ofrecer... –dijo Alex, mirando a su mujer en busca de ayuda.

– Ya me he encargado de todo –contestó Carmen, con dulzura–, no quería molestarte mientras trabajabas.

Uno a uno, Alex fue abrazando y besando a todos sus invitados... En las distancias cortas, el fuerte olor a sudor, tan característico de alguien que no se había duchado en varios días, se hizo más que evidente.

– Me alegro mucho de que hayáis venido –añadió–. Escuchad. Me pongo una camisa y vengo a cenar con vosotros.

– ¡Tranquilo Alex!, estamos a gusto aquí charlando así que... No sé, si quieres tómate tu tiempo para afeitarte, vestirme o darte una buena ducha ¿ok?, ya sabes... para estar más cómodo –dijo Diego, con mucho tacto.

– Si, será lo mejor..., y os lo agradezco... Dadme solo diez minutos.

Alex abandonó la cocina y todos los invitados se miraron unos a otros sin saber muy bien lo que estaba ocurriendo allí. Carmen, visiblemente preocupada y avergonza-